

diar científicamente los estados psíquicos, el psicólogo no sabe, no puede saber si existen una substancia nerviosa y hemisferios cerebrales» (1).

Puede muy bien decirse con Taine y Mr. Fouillée, en un sentido figurado, que los fenómenos conscientes son el interior y el funcionamiento nervioso, el exterior de un mismo acto, pero todos habrán de reconocer que no es indiferente á un fenómeno, no ser visible más que exteriormente; así el movimiento de una piedra que cae, ha de ser á la vez perceptible exteriormente y por el acto introspectivo de la conciencia.

Nosotros hemos examinado las relaciones entre los estados psíquicos elementales y sus antecedentes físicos: la ley de Weber los resume; nosotros hemos indicado los resultados de la medida aplicada á la duración de los actos del sentido íntimo considerados en sí mismos; nada hemos encontrado en todos estos exámenes é investigaciones, que no se armonice con el espiritualismo.

Los actos psíquicos pueden ser considerados, en tercer lugar, en sus relaciones con los efectos que ellos producen sobre la musculatura, los fenómenos de la circulación y la temperatura del organismo; estos efectos se miden con el dina-

(1) LADD. *Outlines of descriptive psychology*, página 60.

mómetro, con el sphimógrafo, con el pléthismógrafo y con el termómetro. Fácil sería también demostrar en este sentido, el perfecto acuerdo que existe entre los datos de la conciencia y los resultados de la observación. En efecto, no hay un solo pensamiento, ni aún la concepción genial de la gravitación universal, que no vaya acompañado de una imagen cerebral. Esta imagen es producida por un centro nervioso sensitivo y repercute necesariamente sobre los centros motores; ella determina por consiguiente, las diversas reacciones químicas del tejido nervioso, obra sobre los nervios motrices, y por vía de consecuencia, sobre el estado de contracción de los músculos, haciendo variar la dilatación arterial y el volumen de los miembros, y, en general, el estado físico de todo el organismo.

Considerados en sus relaciones con el mundo físico, los estados psíquicos responden principalmente á los tres órdenes de investigaciones que acabamos de indicar.

Estas investigaciones no justifican por consiguiente, la desconfianza de ciertos espiritualistas mal informados, ni las pretensiones materialistas de ciertos vulgarizadores, pretensiones padecidas por los iniciadores y maestros de la nueva ciencia, ya en los comienzos de ésta, y de los cuales es necesario precaverse todavía en nuestros tiempos.

Sin embargo, los fenómenos nos llevan más le-

jos. La psicología experimental ensancha, para la metafísica espiritualista, cuyo auxiliar poderosísimo es, las amplias vías del progreso.

II

El primer triunfo de la psicología experimental es haber hecho de la psicología empírica, una ciencia natural, y multiplicado y trabajado con mayor cuidado y precisión, los materiales que preparan las síntesis más comprensivas de lo futuro.

Porque, hagámoslo notar, si los psicólogos profesionales tienen la noble ambición de constituir una ciencia, ellos sueñan ó no con erigirla en el lugar de la metafísica. «Figemos bien este importantísimo punto de doctrina, escribe Mr. Binet. La psicología experimental es independiente de la metafísica, mas no excluye ninguna investigación de ésta» (1).

Höfdding, (2) y otros que pudiera citar aquí, usan el mismo lenguaje.

Pero es, Señores, que igual que la biología celular, la embriogenia, la anatomía y la fisiología

(1) A. BINET *Introduction à la psychologie expérimentale*, pág. 146, París; Alcan, 1894.

(2) HÖFFDING. *Outlines of psychology*, págs., 14 y sig. Londres, Macmillan, 1891.

cerebrales, y otras veinte ciencias, cuya existencia y brillantísimos descubrimientos, ni siquiera vislumbraron los siglos anteriores, igual que estas investigaciones auxiliares, y aún me atreveré á decir, que mejor que todas ellas, la psicología experimental contribuye á fijarnos sobre las fases científicas de la filosofía del hombre.

En efecto, la psicología experimental provoca sistemáticamente, por una série de excitantes físicos y fisiológicos, determinados estados de la conciencia, les simplifica, asiste á su génesis, comparándoles bajo los diferentes puntos de vista de su cualidad, intensidad y duración, tonalidad y potencia dinámogna; ella estudia á continuación cómo pueden manifestarse y exteriorizarse. ¿Quién tan ciego que no vea que la psicología experimental imprime de esta suerte al estudio de los fenómenos psicológicos, una *orientación* novísima y favorecida por una consecuencia necesaria, el desenvolvimiento del conocimiento metafísico del yo?

En segundo lugar, la psicología experimental ha contribuído en gran manera á precisar la significación del espiritualismo en sus relaciones con las ciencias y nunca dejará, de ello estamos bien seguros, de desvanecer en este orden de conocimientos, más de un equívoco.

De una parte, haber demostrado científicamen-

le que existen, entre nuestros estados psíquicos y los excitantes que les provocan ó los efectos dinámicos ó circulatorios que ellos engendran, relaciones de interdependencia definidas y regulares, ha contribuído muy mucho á excluir del ambiente psicológico, el espiritualismo subjetivo, arbitrario de Descartes y Víctor Cousín. Al propio tiempo habrá desaparecido el prejuicio de que la filosofía espiritualista y la ciencia son extrañas una á otra, en tanto que el positivismo materialista es el único representante autorizado de la ciencia positiva.

De otra parte, los hombres de ciencia, harto habituados á no considerar en la actividad del hombre más que sus aspectos exteriores, físicos ó fisiológicos, han aprendido en la escuela de la experimentación psicológica á no descuidar el aspecto interior de nuestra vida *psíquica*. Aquellos sabios que aceptaron sin crítica alguna, sobre la fé de un dogmatismo ciego, la identificación de los fenómenos de la conciencia con los modos de movimiento, hánse apercebido de que vivieron largo tiempo pagados de palabras.

Los psicólogos están perfectamente acordes hoy sobre el predominio de la observación *interna*; no dudan al presente que la observación *externa*, lejos de sustituirla, no puede más que servirla de auxiliar.

¿Qué es, en efecto, un fenómeno de la Natura-

leza, en tanto que el pensamiento no le conoce para considerarle bajo sus diversos aspectos, y, si se me permite la palabra, nutrirle así?

Ciertos estamos, que las informaciones de la conciencia espontánea son, con grande frecuencia, asáz deficientes. Precisa por consiguiente, para ayudar á la razón que reflexiona á criticarlas, asegurarse el concurso de los aparatos científicos. Estos aparatos científicos no tienen otro destino, ni otro poder que asesorar á la conciencia para que se conozca mejor, mas nunca pueden sustituirla. El telescopio, instrumento de la ciencia astronómica, no reemplaza á los ojos, sino que prolonga la visión. De igual manera, el hombre, que estudiamos en nuestros laboratorios, siempre es el hombre que no se ha servido para conocerse más que de la conciencia ayudada por la observación vulgar; sin embargo, él dispone hoy, para *precisar* el objeto de sus juicios, de instrumentos que multiplican considerablemente su potencia perceptiva.

Vana es por consiguiente la esperanza de aquellos que, so pretexto de que valiéndose de la conciencia, ésta comprometería el buen éxito de sus análisis, confían sustituirla por la observación exterior.

¡Bien recuerdan la objeción de Augusto Comte que declara imposible la observación interior de los fenómenos intelectuales!

A Zenon, que niega la posibilidad del movimiento, yo habría de responderle, caminando ante él. Al que negase la posibilidad de la observación interna del yo, sería menester contestarle que nadie conoce á otro, más que en sí mismo. Los entes de la Naturaleza, para ser conocidos, deben estar presentes al que ha de conocerles, según el antiguo adagio escolástico: «El objeto conocido existe en el sujeto cognoscente.»

«Concíbese, escribe Comte, que el hombre pueda observar sus pasiones, por la razón anatómica de que los órganos cuyo asiento son, se diferencian de los destinados á las funciones observatrices».

Mas, ¿cómo podrá tener lugar la observación, cuando se trata de fenómenos intelectuales, en los que el órgano observado y el órgano observador son idénticos?»

¡Cómo si las pasiones pudieran ser observadas sin hacerse antes objetos de conocimiento! ¡Cómo si el órgano de la sensación fuera necesariamente el mismo que el del sentido íntimo de la sensación! ¡Cómo si no pudieran pertenecer á un mismo sujeto, órganos diferentes! ¡Cómo si este sujeto fuera, en fin, necesariamente material!

¿Cómo el positivista francés no habrá advertido que al escribir las frases anteriormente citadas, incurría en una petición de principio, puesto que la naturaleza de los fenómenos intelectuales

es justamente el punto capital del litigio entablado entre él y los espiritualistas?

De todo lo cual se deduce, que en todos los órdenes científicos, el veredicto supremo compete necesariamente y siempre á la conciencia.

*
* *

Además de la influencia general, que las investigaciones de la psicología experimental han ejercido sobre la orientación de la filosofía y la más exacta apreciación de sus métodos y procedimientos, ha de notarse singularmente que ellas han aportado á la filosofía espiritualista en más de una cuestión, demostraciones que merecen ser tenidas en consideración.

Nosotros citaremos aquí solamente dos. Una se refiere á la distinción de los sentidos y la inteligencia, la otra trata de la psicología de los Asociacionistas ingleses.

La observación común enseña que nuestros sentidos, luego de ser fuertemente impresionados, permanecen, durante un cierto tiempo, incapaces de percibir las excitaciones de menor intensidad. Así, después de haber aspirado un olor violento, nuestro olfato es impotente para la percepción inmediata de perfumes más suaves. El momento que sigue á una estruendosa detonación es un

tiempo muerto para nuestra sensibilidad auditi-
va. Un relámpago, un rayo directo de sol que
hieren nuestra retina imposibilitan á ésta en un
período de mayor ó menor duración, para ser
impresionada por las superficies menos vivamente
luminosas de los objetos que nos rodean. Esto
mismo expresamos comunmente, al decir: «Los
grandes ruidos aturden; el sol, el rayo deslum-
bran; un dolor violento embota», queriendo sig-
nificar por estas locuciones, ese estado de estu-
por en que nos abandona la inactividad de nues-
tros sentidos entontecidos por una sensación de-
masiado viva.

Este fenómeno operado en nuestros órganos por
el ejercicio de la sensibilidad no fué desapercibido
para el genio sagaz y profundo de Aristóteles (1)

(1) «Οτι δούχ, ὁμοία ἡ ἀπάθεια τοῦ αἰσθητικοῦ καὶ τοῦ νοητικοῦ, φανερόν ἐπὶ τῶν αἰσθητηρίων καὶ τῆς αἰσθήσεως; ἡ μὲν γὰρ αἰσθησις οὐ δύναται αἰσθάνεσθαι ἐκ τοῦ σφόδρα αἰσθητοῦ; οἷον ψόφου ἐκ τῶν μεγάλων ψόφων, οὐδ' ἐκ τῶν ἰσχυρῶν χρομάτων καὶ ὀσμῶν οὐθ' ὄραν, οὐτ' ἀσμάσθαι· ἀλλ' ὁ νοῦς ὅταν τι νοήσῃ, σφόδρα νοητόν, οὐχ ἤττον νοεῖ τὰ ὑποδεέστερα, ἀλλὰ καὶ μᾶλλον το μὲν γὰρ αἰσθητικόν οὐκ ἄνευ σωματος, ὁ δὲ χωριστός.

«El estudio de la sensación y de los órganos de los sentidos testimonia que el sujeto que siente y el sujeto inteligente no están en idénticas condiciones de inalterabilidad. Un excitante sensible vehemente impide la sensación, ruidos violentos estorban la audición, colores vivos y olores fuertes imposibilitan la visión y la acción del olfato. Al contrario, cuando la inteligencia ha concebido un objeto muy elevado, nada pierde de su aptitud para concebir otros objetos inteligibles de un orden inferior. La razón explicativa de esta diferencia entre los

y de su comentador Santo Tomás de Aquino (1).

Ellos deducen de esta primera observación una segunda, no menos característica, concerniente á la actividad intelectual: la inteligencia, por haber conocido los objetos más elevados y ámplios que pueden caer bajo su dominio, no está imposibilitada para conocer, sin interrupción alguna de su actividad, los conceptos más inmediatos á su

sentidos y la inteligencia es que aquellos no están des, provistos de órganos, en tanto que ésta carece de ellos» (ARISTÓTELES, *De Anima*, l. III, c. IV, p. 5, ed. Didot.)

(1) «Sensus... patitur per accidens in quantum organi proportio corrumpitur ab excellenti sensibili. Sed de intellectu hoc accidere non potest, cum órgano careat; unde nec per se nec per accidens passibilis est. Et hoc est quod dicit, quod dissimilitudo impassibilitatis sensitivi et intellectivi manifesta est ex órgano et sensu, quia sensus efficitur impotens ad sentiendum ex valde sensibili, sicut auditus non potest audire sonum propter hoc quod motus est ex magnis sonis, neque visus potest videre, neque olfactus odorare ex eo quod hi sensus moti sunt prius ex fortibus odoribus, et coloribus corrumpentibus organum. Sed intellectus, quia non habet organum corporeum, quod corrumpi possit ob excellentiam proprii objecti, cum intelligit aliquid valde intelligibile, non minus postea intelligit infima, sed magis: et idem accideret de sensu, si non haberet organum corporale. Debilitatur tamen intellectus ex læsione alicujus organi corporalis indirecte, in quantum ad ejus operationem requiritur operatio sensus habentis organum. Causa igitur diversitatis est, quia sensitivum non est sine corpore, sed intellectus est separatus. Ex his autem quæ dicuntur, apparet falsitas opinionis illorum qui dixerunt, quod intellectus est vis imaginativa, vel aliqua præparatio in natura humana, consequens corporis complexionem» (Sto. THOMAS. L. III, *De Anima*, lec. VII.)

alcance. Al contrario, cuanto más elevado y sintético es el pensamiento intelectual, tanto más apta es la inteligencia, para inmediatamente lograr la comprensión de otros conceptos de una inteligibilidad más próxima.

El ejercicio de la actividad intelectual y el de la actividad sensible, son por consiguiente diversamente condicionados.

He aquí la razón de esto, que puede al mismo tiempo servir de conclusión á todo lo expuesto: el ejercicio de la sensibilidad es la función de un órgano corporal, en tanto que la inteligencia no está intrínsecamente sujeta á la materialidad de un órgano.

En el fondo, no prueban otra cosa las experiencias de Weber.

¿Cuál puede ser, en efecto, la explicación fisiológica de la ley de Weber? ¿Porqué un aumento de excitación que basta para quebrantar la sensibilidad una primera vez, es insuficiente para producir un efecto parecido, cuando el excitante inmediatamente anterior ha sido más intenso?

Esto sucede, naturalmente, porque la actividad nerviosa está sometida á la ley de asimilación y de desasimilación que rige á todos los seres vivos. Así, una primera excitación provoca, en el órgano nervioso, una descomposición. Una vez excitado, el órgano no puede por consiguiente resistir con la intensidad que lo verificaría de

primera intención, sino que antes le es preciso reparar por medio de un trabajo de asimilación, el gasto causado por el primer ejercicio.

Las condiciones del ejercicio de la actividad sensitiva, explicadas por Weber, mucho tiempo después de las observaciones de Aristóteles y de Santo Tomás, están fundamentadas por tanto en la unión de la potencia sensitiva á un órgano nervioso. Si la actividad intelectual fuera en sí misma una simple función de la organización nerviosa, debería evidentemente estar sometida á las mismas leyes. No siendo esto así, podemos afirmar que ella tiene una naturaleza diferente á la de la actividad sensitivo-nerviosa.

Se objetará acaso que la actividad intelectual no puede prolongarse sin que el sujeto padezca «la fatiga de la cabeza», de suerte que no habría, en la diversidad de condiciones, en que evolucionan la actividad de los sentidos y de la inteligencia, ningún fundamento para una diferencia esencial entre los primeros y la segunda.

Efectivamente, el trabajo intelectual va acomñado más tarde ó más temprano, de la fatiga; de ello no cabe dudar. Ahora bien, un examen detenido de las condiciones en que dicha fatiga de cabeza se produce, demuestra que la actividad intelectual no es *directamente en sí misma* su causa.

Suponiendo que la actividad intelectual propiamente dicha, es decir, esa forma de actividad

superior que consiste en la contemplación de verdades abstractas, fuera una función de los centros nerviosos, del mismo modo que lo son el ejercicio de los sentidos externos y el del sentido imaginativo, la fatiga aumentaría en razón directa de la elevación del acto intelectual; la contemplación de una verdad muy elevada agotaría la inteligencia, incapacitándola para verificar inmediatamente después un nuevo acto de intelección.

Sin embargo, la experiencia nos dá testimonio de que esto no sucede así. El gozo que inunda toda el alma en el momento mismo de un descubrimiento intelectual, y que, en los genios llega hasta el entusiasmo, demuestra harto evidentemente cuánto la elevación del espíritu en el conocimiento de la verdad, fortifica la inteligencia en vez de debilitarla.

Comparad con esta actividad del espíritu en la contemplación de lo verdadero, el trabajo *imaginativo* del escritor ó del poeta, buscando figuras para dar mayor vida á su pensamiento. La labor de la imaginación fatígales muy mucho; conforme las imágenes se suceden, multiplican y adquieren más intensidad, va creciendo su cansancio que no tarda en reducirles á la incapacidad de ir más adelante en sus lucubraciones imaginativas, por lo menos hasta transcurrido algún tiempo.

No obstante, si la actividad intelectual fuera de igual naturaleza que la actividad sensitivo-nervio-

sa del sentido imaginativo, debería seguir la misma ley que ésta.

Suponiendo por el contrario, que la causa directa de la fatiga no sea la inteligencia, sino solamente la imaginación, armonízanse perfectamente todos los fenómenos atestiguados por la experiencia.

En efecto, de una parte, la filosofía peripatéticomista reconoce que la inteligencia ha menester del concurso de la imaginación; ella abstrae su objeto de una imagen, ayudándose de ésta, en tanto que prosigue pensando. Es así que la imaginación hállase sujeta á un órgano cerebral, y por consecuencia á la ley del gasto y reparación del tejido viviente. Luego el trabajo intelectual es una causa *indirecta* de fatiga, en cuanto que necesita la formación primero y después la conservación de una imagen apropiada al pensamiento.

Además, nosotros somos conscientes, principalmente á los comienzos de los estudios científicos y metafísicos, de que el esfuerzo para desembarazar de todo lo concreto los pensamientos abstractos es frecuentemente penoso y de muy corta duración.

Mas, de otra parte, cuando estamos en posesión de imágenes apropiadas, cuando nos es suficiente retenerlas como *substratums* de objetos inteligibles, para podernos entregar á la con-

templación de verdades abstraídas, la actividad intelectual no fatiga, antes bien, vigoriza el espíritu, haciéndole más apto, según ha observado sagazmente Aristóteles, para conocer otras verdades.

La fatiga de la inteligencia se explica muy acertadamente por la fatiga de la imaginación; y no parece poder tener otra explicación: he aquí cómo subsiste en pie la veracidad de la conclusión de Aristóteles y de Santo Tomás de Aquino: Las diversas condiciones en las cuales se desarrollan respectivamente la actividad de los sentidos y la de la inteligencia, testifican que ambas son de diferente naturaleza.

*
* *

Las investigaciones de los psicólogos modernos han conmovido sensiblemente la tesis fundamental de la psicología inglesa de la Asociación. De esta suerte, han contribuído al fomento de la filosofía espiritualista.

Los psicólogos ingleses propusieron, según todos sabemos, hacer la anatomía de la conciencia; para lograr sus propósitos, redujéronla á sensaciones ó impresiones pasivas que, bajo el dominio de ciertas leyes, sobre todo de las leyes de semejanza y de diferencia, se aglutinarían, fusionarían y separarían, mas siempre *pasivamente*

y sin alguna intervención activa de un sujeto. Su programa consistía en establecer *una psicología sin alma*.

Mas, he aquí, que examinando las cosas con mayor profundidad, los psicólogos han llegado inevitablemente á reconocer la vasta influencia de la actividad del sujeto consciente.

Numerosos son en verdad los estados psíquicos á los cuales aporta él necesariamente su atención: la atención, *ad-tendere*, es por consiguiente, una función eminentemente activa.

La sensación no se nos aparece, de ordinario, con su cualidad ó en el grado de intensidad que la es propio, sin que el sujeto la *compare* á otra sensación de diferente cualidad ó inmediatamente anterior de mayor ó menor intensidad. Y, esta labor comparativa, ó según la expresión inglesa, discriminativa, ¿no es eminentemente *activa*?

Los Asociacionistas han confundido el fenómeno de la coexistencia de dos sensaciones semejantes ó desemejantes con la percepción de su semejanza ó desemejanza.

Aun suponiendo que la coexistencia de dos estados psíquicos fuera totalmente pasiva, siempre tendríamos que la noción de su semejanza ó desemejanza implica esencialmente un *acto de percepción*.

Es, pues, radicalmente imposible concebir una vida psíquica sin la intervención *activa* de un su-